

# CAMBIO DE MANDO INSTITUCIONAL

## ENTREGA DEL MANDO\*

La ceremonia que estamos viviendo corresponde al acto de entrega de la Comandancia en Jefe de la Armada y cargo de Miembro de la Honorable Junta de Gobierno a mi sucesor, Almirante don Jorge Martínez Busch. La solemnidad que tiene esta ceremonia se debe al hecho que al cambiar de mando la institución, no por ello se alteran la doctrina ni los principios que la sustentan y que, en consecuencia, le han dado la continuidad que a través del tiempo ha mantenido la armada, desde el día en que fue creada para conquistar la soberanía e independencia de esta tierra nuestra.

Al hacer entrega de la institución después de 54 años a su servicio, puedo decir que he ocupado prácticamente todos los cargos que tanto a flote como en tierra ella exige para continuar en la carrera y que felizmente y con la ayuda de Dios pude desempeñarlos dentro de las normas que los reglamentos y leyes establecen, preparado para asumir las responsabilidades que, a medida que el tiempo pasaba, eran siempre mayores y normaban el quehacer de una nueva destinación.

Nuestra Ordenanza de la Armada establece, en su artículo 1º, que "Todas las personas que en la institución sirven deben regirse por este texto, en el cual se encuentran establecidas las normas de doctrina, de procedimiento, deberes y atribuciones que cada uno tiene en la institución, con el propósito de que se desenvuelvan armónicamente y sin una desorientación que afecte la eficiencia y disciplina." Pero lo más importante de este artículo es la siguiente frase: "Para obtener en esta forma el mayor rendimiento del personal y del material en el cumplimiento de la misión permanente."

En otras palabras, todos estamos regidos por estos criterios, que deben ser cumplidos con exactitud y que nos están dando desde siempre una regla de vida en la cual hay dos elementos fundamentales: "El material y el hombre".

En esta última ocasión en que os dirijo la palabra en mi calidad de Comandante en Jefe, quiero detenerme sobre el significado de estos dos elementos que forman la ecuación sobre la cual la institución se rige.

**El material:** La armada que en este momento abandono cuenta con una cantidad de material para la guerra naval adecuado a las capacidades del país en tiempos de paz, que si bien es cierto en este orden de cosas podemos decir que nunca es suficiente, la realidad de los hechos nos trae rápidamente a tierra firme haciéndonos ver que en tiempos de paz este pequeño país, con sólo doce millones de habitantes, no puede pretender crecer mucho más de lo que hoy tiene en material de guerra naval y aérea.

Es cierto que las armas y los buques pueden ser perfeccionados, reparándolos y mejorándolos con los medios que hoy poseemos, como también lo es que tenemos la capacidad nacional de producir excelente material de guerra. Sin embargo, por sobre el material que ha sido diseñado para destruir y combatir, está el hombre que lo maneja.

**El hombre:** Nuestras dotaciones, desde el Almirante al último Grumete, son realmente el más valioso tesoro que tiene nuestra institución, ya que de la mente del hombre y de su espíritu brotan las ideas, las palabras y los hechos que le dan verdadero sentido al inerte material, para asegurar así la paz interna y externa del país.

---

\* Discurso pronunciado por el Sr. Comandante en Jefe de la Armada, Almirante don José Toribio Merino Castro, el 8 de marzo de 1990, con motivo de hacer entrega de los cargos que ejercía.

Tan cierto es lo que digo, que nuestra historia naval-militar está repleta de hechos de extraordinaria trascendencia, tanto en la paz como en la guerra, hechos que este país no puede olvidar y que se subliman con la inmortal hazaña de Prat, que no creemos que pueda ser jamás superada.

Efectivamente, recordando la vieja *Esmeralda* y sus pobres cañones, que pretendieron enfrentar y apoderarse del monitor *Huáscar*, uno de los buques más modernos de la época, el material de que estaba hecha la *Esmeralda* era obsoleto y antiguo en su capacidad combativa, pero los hombres que la tripulaban tenían "corazones de acero", y a pesar del desigual potencial pretendieron apoderarse del monitor, aunque les costara la vida.

Por eso, os repito, como lo he hecho a través de mi carrera, sois vosotros los hombres los que hacéis que esta institución sea respetada y admirada tanto en la patria como en el extranjero. Esta es nuestra herencia; la recibimos del pasado y debemos mantenerla en el futuro. El lema que resume esta realidad es perentorio y solamente dice: "Vencer o morir"; no hay otra alternativa. Está dirigido a los hombres que tripulan los buques o defienden las costas y conservan el tráfico marítimo; hasta hoy día ha sido cumplido sin oprobio. Jamás nuestro pabellón ha sido arriado en uno de sus buques de combate; así, hoy entrego la institución con su honor incólume, sin tacha y con la misma prestancia con que la recibí un 11 de septiembre de 1973.

¡Marinos!: En estos 16 años hemos dado lo mejor que nuestras capacidades nos permitían; cada uno de nosotros ha sabido cumplir con la tarea impuesta por la tradición y las difíciles condiciones que extranjeros y nacionales impusieron al país desde otras naciones con el objeto de hacernos fracasar. ¡Cuán equivocados estaban! o, mejor dicho, cuán ignorantes eran del enorme legado victorioso de nuestra historia; es así como a pesar de la insidia y la sorda lucha contra este pequeño país, hemos triunfado con la ayuda de Dios y la capacidad de su pueblo, aun frente a amenazas bélicas en nuestras fronteras por parte de algunos que inocentemente creyeron que nuestro temple menguaría ante tanta traición y maledicencia.

Estaban equivocados. Ante las desgracias Chile se agiganta y cada uno de sus hombres y sus mujeres, nacidos y criados en la ley del rigor, sabe superarlas. Y nosotros, cumpliendo con la tarea secular de las armadas del mundo, mantuvimos abiertas las rutas del progreso, el desarrollo y la paz.

Eso es lo que hoy entrego a mi sucesor: Una armada que sin haber participado jamás directamente en la política contingente, ha sabido por su sola existencia hacerse respetar del posible adversario y admirar de aquellos que desde lejos trataron de doblegarnos. Ese espíritu está vivo en nuestros corazones al recordar la inspiración de Cochrane en el comienzo de nuestra vida soberana, quien expresó una frase que sigue siendo válida: "En la Armada de Chile no existe la expresión es imposible."

## RECEPCION DEL MANDO

Apagado el eco de las salvas con que nuestro ceremonial solemniza la entrega y la recepción de los mandos en jefe de nuestra institución, me embarga un profundo sentimiento de orgullo, similar al que sentí cuando siendo muchacho ingresé a la Escuela Naval para vestir el uniforme azul de la Armada de Chile.

Este sentimiento nace al ser parte de un grupo de chilenos que abrazando la carrera naval hacen de su vocación por el servicio a la patria el centro permanente de su vida interior, privada y pública.

Esta vocación de servicio, distintivo común a todos los que integramos la armada, es la que a su vez nos ha permitido, en el marco del cumplimiento de nuestros deberes profesionales, contribuir al gran esfuerzo colectivo institucional que, encabezado por el Almirante don José Toribio Merino Castro, ha hecho realidad la tarea legislativa asumida el 11 de septiembre de 1973 como derivación de la misión que encomendara nuestra nación a sus Fuerzas Armadas y Carabineros, en un último esfuerzo para restituir la vida republicana destruida hasta los cimientos como consecuencia de una filosofía aplicada a la conducción del Estado, profundamente ajena y extraña al espíritu mismo del ser nacional de Chile.

Rindo un respetuoso recuerdo a los miembros de la armada que cayeron en el cumplimiento de las tareas encomendadas en estos 16 años.

Es bueno recordar que este esfuerzo se realizó siempre dentro del cauce de la más estricta búsqueda del bien común general de la nación.

Consecuente con esta forma de cumplir las tareas que concretaron la misión asignada es esta armada que hoy día me entrega el Almirante don José Toribio Merino Castro, acto que me distingue con la más especial confianza que él deposita en mi persona.

Conducida con un definido sentido de trascendencia, su alma institucional está imbuida de claros y nítidos ideales. Su misión permanente y primordial de "obtener la victoria en un conflicto armado" así lo exige, obligando a los hombres que en ella militan a poner "todo su esfuerzo, sus energías morales y físicas, así como su inteligencia..." en la consecución de este objetivo.

Este sentido permite comprender no sólo la insistencia y el convencimiento puesto en enseñar que los valores morales deben mantenerse y perfeccionarse como condición básica para definir al hombre de mar profesional de la guerra, sino que también explicar que, como parte del delicado equilibrio que ha caracterizado la conducción de los asuntos del Estado en estos 16 años, los medios humanos, materiales y financieros con que se ha dotado a la armada han sido aquellos que realmente la capacidad del Estado ha podido entregar. Este delicado equilibrio, sin desconocer que son necesarios más medios frente a la realidad presentada por otros Estados, ha tenido en cuenta que lo otorgado es lo mínimo posible sin que afecte a otras áreas del desarrollo nacional que necesitan de iguales atenciones. Se tiene así una definida realidad moral que magnifica aún más la gestión de Gobierno y la labor de legislación efectuada, al considerar, en la asignación de los recursos, la trascendental dimensión de los términos en la ecuación representada por el binomio desarrollo-seguridad.

Todo lo anterior obliga a tener presente que la guerra moderna se hace y se gana en el mar con buques, submarinos y aviones altamente tecnificados y de compleja y sensible operación. La revista naval efectuada en el día de ayer tuvo por propósito mostrar ante la nación y reconocer en la persona del Almirante señor Merino que la armada que entrega tiene una potencia tal que permite, si en un día aciago se presenta la guerra, obtener la victoria. Pero también se ha mostrado a la ciudadanía que esta fuerza naval tiene la aun más importante misión de evitar la guerra mediante el más alto grado de preparación moral y material y que dotada de un enérgico espíritu de lucha, audacia en el cumplimiento de las misiones y decisión en su empleo, haga dudar del éxito a quienes pretendan mediante el uso de la fuerza arrebatar a nuestro país el control del mar de Chile.

La historia de nuestras relaciones internacionales así lo demuestra.

Y si, además, esta alta capacidad profesional contribuye a que nuestros futuros gobernantes alcancen sus propósitos de desarrollo y crecimiento en el marco de una paz en donde la soberanía esté permanentemente resguardada y sin la presión de las tensiones, esta armada será entonces la joya de oro con que la historia podrá distinguir mejor al Almirante señor Merino.

Son estos claros y nítidos ideales los que hacen que la institución considere las virtudes militares como el firmamento estrellado de su horizonte. En este firmamento brilla, como una de las más preciadas y de mayor magnitud, la estrella de la lealtad. Esta virtud, enraizada desde los viejos conquistadores castellanos, llega al presente desde las profundidades del tiempo. Se encuentra reflejada en el espíritu y en los artículos de la ordenanza institucional, conformando la norma de relación fundamental entre sus miembros.

Esta lealtad, virtud cristalina, transparente y frágil, es la que ha hecho posible que la historia de la Armada de Chile emerja potente y ejemplarizadora a través de toda la vida institucional de la república. Ella hace que el ejercicio del mando se centre en la dignidad de las personas. Así, los hombres que forman en las filas de la armada no son individuos de número ni masas amorfas, sino que personas con creencias y aspiraciones, con éxitos y con fracasos, con vicios y virtudes, pero todas ellas consideradas como impulsadas por una fuerte vocación y poseídas de un común deseo de entregar a la patria y a la institución lo mejor de sí, llegando hasta la muerte si fuere necesario.

Pero si el mando es la acción de conducción básica para hacer de la armada una institución eficiente y eficaz, más lo es entender que la ligazón que hace operante la subordinación necesaria a este mando requiere comprender en toda su profundidad que la lealtad es una virtud recíproca y como tal debe ser considerada cuando expresamos que las interrelaciones entre ellas pasa por la historia y por la vida activa de la nación chilena. En cada oportunidad en que han sido destruidas las lealtades, la nación y la institución han tenido que lamentar hechos de dolorosas y trágicas consecuencias.

Es mi obligación entonces dar mi lealtad y junto a la de toda la institución comprometernos para que en el marco del ordenamiento constitucional, legal y reglamentario que se ha dado la república, no escatimemos esfuerzos, sacrificios y renunciaciones en contribuir a que Chile, teniendo a su mar como el espacio fundamental de su desarrollo y crecimiento, alcance el sitio que le corresponde entre las naciones modernas del orbe.

Al asumir el mando e iniciar la conducción de la institución en este marco solemne y en las gradas del Monumento a las Glorias de la Marina Nacional, lugar en donde descansan los restos de nuestros héroes más queridos y admirados, junto con agradecer esta designación con que, en uso de

sus facultades constitucionales, Su Excelencia el Presidente de la República y Comandante en Jefe del Ejército, Capitán General don Augusto Pinochet Ugarte, me ha distinguido, hago compromiso de honor ante la nación de asumir esta designación teniendo como ejemplo la historia de mi armada.

En las tareas que demanden el cumplimiento de este compromiso no escatimaré esfuerzos y voluntad para continuar haciendo de la Armada de Chile la brillante y fulgurante espada de acero y oro que ha forjado el Almirante señor Merino.

Señor Almirante: Al iniciar ahora una nueva singladura le expreso todo el cariño y reconocimiento de la institución a la cual tanto quiere y para la cual tantos desvelos, sacrificios y esfuerzos dedicó en su dilatada carrera, acompañado siempre por su dignísima esposa, doña Margarita Riofrío de Merino, y de todos los demás miembros de su familia.

Su amplia comprensión de las virtudes y los defectos de las personas que tuvieron el honor de ser sus subordinados le hicieron actuar siempre con especial calidez y profunda comprensión de sus problemas, no escatimando su apoyo y ayuda, incluso personal, si así fue necesario. La calidad cristiana con que juzga a sus colaboradores lo han hecho distinguirse como jefe y conductor que se rodea siempre de hombres dispuestos a jugarse el todo por el todo en la ejecución de sus resoluciones y decisiones. Muchos de ellos, por la natural dinámica del servicio, ya no están en las filas activas, como lo fueron todos los señores Almirantes que sucesivamente conformaron su alto mando naval. Permítame expresarles a ellos también un especial recuerdo y un leal reconocimiento, ya que junto a sus distinguidas esposas contribuyeron a engrandecer con sus trabajos y sacrificios a esta querida armada y con ello a Chile.

Pero también como ciudadano me honra hacer públicos mis agradecimientos y admiración por la enorme y magnífica tarea legislativa que Usía y los demás miembros de la Honorable Junta de Gobierno han realizado durante estos 16 años, labor cuya consecuencia trascendental es abrir cauces normativos y jurídicos a la nación para que ella enfrente con renovadas y modernas estructuras, concepciones y normas, los desafíos del próximo siglo XXI.

Al terminar mis palabras quiero recordar a todos nuestros hombres, estacionados a lo largo y ancho de nuestro mar en las bases, buques, aviones, puertos del litoral y plantas de reparaciones ubicados desde Arica a la Antártica, que cumplen sus tareas en silencioso servicio, que tenemos una historia naval que nos hace singulares entre las armadas del mundo. Que ello sea fuente de inspiración y de ejemplo. Esta historia refleja de hecho toda la voluntad y reciedumbre con que la armada ha emprendido siempre sus tareas.

Que la rememoración de la historia se refleje en la decisión inquebrantable de continuar sirviendo a la patria con todo el amor, la voluntad y la razón de haber escogido el mejor camino para ello.

Ruego a Dios que nos dé la fuerza para hacerlo y que El también los bendiga a todos.

